44

Escrito en el Agua

Antología de relatos húmedos

GOBIERNO DE ESPAÑA
MINISTERIO DE AGRICULTURA, ALIMENTACIÓN Y MEDIO AMBIENTE
CONFEDERACIÓN HIDROGRÁFICA DEL EBRO

Primera edición en Reino de Cordelia, enero de 2015

Edita: Reino de Cordelia
www.reinodecordelia.es

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española
© Reino de Cordelia, S.L.
Avd. Alberto Alcocer, 46 - 3º B
28016 Madrid

© Herederos de Jesús Fernández Santos, 1978, y Virginia Aguilera, Patricia Artero, Eva Balaguer-Cortés, José Luis Blasco, Santi Blasco, Marisa Fanlo, José Esteban, Mónica Miguel Franco, Manel Gimeno, José Manuel González, Raúl Guerra Garrido, Pedro M. Híjar, José María Merino, José Luis Miragaya, Juan David Morgan, Julia Pérez Gallego, Gema Pérez Labarta, Luís Pousa, Osvaldo Reyes, Ana María Rocañín, Ana Rosa Sanfeliu, Pablo Sebastiá Tirado, David Tapia, Pedro Tejada, Alfonso Vázquez y Arturo Wong, 2014

Prólogo: © Juan Bolea, 2014
Cubiertas: © Miguel Navia, 2014

IBIC: FA
ISBN: 978-84-15973-48-5
Depósito legal: M9-36671-2014

Diseño y maquetación: Jesús Egido
Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Gráficas Zamart
Impreso en la Unión Europea
Printed in E. U.
Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Escrito en el Agua

Antología de relatos húmedos

Prólogo de Juan Bolea

Índice

Prólogo,
por Juan Bolea 11

El infiernillo
Virginia Aguilera 17

Doce segundos de oscuridad
Patricia Artero 33

El depredador del pantano
Eva Balaguer-Cortés 47

La dama del sueño
José Luis Blasco 57

Comida para gatos
Santi Blasco 65

Lo que el hombre teme
Marisa Fanlo 71

La sirena de Felipe II
José Esteban 77

Las barcas
Jesús Fernández Santos 85

Como peces en el agua
Mónica Miguel Franco 115

El hombre que casi mata a Franco
Manel Gimeno 123

Rabdomancia
José Manuel González 133

Peces con orejas
Raúl Guerra Garrido 145

El pozo del moro
Pedro M. Híjar 151

Los frutos del mar
José María Merino 177

El arcón congelador
José Luis Miragaya 185

Inundaciones
Juan David Morgan 197

¿Caballo, ave, mujer?
Julia Pérez Gallego 211

Papel mojado
Gema Pérez Labarta 221

El supervisor de nubes
Luís Pousa 233

Teñido de oro y sangre
Osvaldo Reyes 245

Paseo en azul marino
Ana María Rocañín 257

Cuatro monedas
Ana Rosa Sanfeliu 267

Cuando Nilo Ten Tos cruzó el charco
Pablo Sebastiá Tirado 277

Sin pena ni gloria
David Tapia 285

Los viajes
Pedro Tejada 297

Los versos del río
Alfonso Vázquez 323

El Maelstrom
Arturo Wong 337

Prólogo

por Juan Bolea

Como el agua, verdaderamente, que se disfraza de río o de mar, de charca o nube, nieve, rocío, hielo, confundiendo su esencia en ropajes de transparente belleza, *Escrito en el agua* responde, en un principio, a una de esas ideas peregrinas que tanto nos atraen a muchos escritores, en particular a los que somos nómadas por naturaleza del territorio y de la ilusión, del espejismo y la roca, de la realidad y la ficción.

Sobre sus impresiones y huellas en la naturaleza y el ánimo, sobre la misteriosa y fecunda inspiración del agua hemos invitado a muy distintos autores a dejarse llevar por el eco de las olas, el rumor de las cascadas, de los rápidos, tsunamis y corrientes, o a sumergirse en los pozos, en las inundaciones, en aguas místicas o curativas, para después escribir relatos donde la nota líquida pusiera en sinfonía a los demás elementos.

El resultado lo tienen ustedes entre las manos, en forma de un libro que, sin haberlo pretendido, es representativo del relato moderno en castellano a uno y otro lado del océano Atlántico. Que abarca todos los géneros, desde el cuento fantástico al policial, al histórico, al costumbrista, pasando por el terror, la ciencia ficción, el *thriller* psicológico, la historia de amor, la crítica social o la evocación de tiempos perdidos. Que navega por grandes ríos y océanos, de las junglas panameñas a los desiertos aragoneses y es capaz hasta de encontrar sirenas, como la que al parecer acompañó a Felipe II a Flandes, según narra el editor y escritor José Esteban, memoria viva de la buena edición española del siglo XX. Un placer acogerlo en estas páginas.

La rica tradición del cuento sudamericano encuentra, por ejemplo, en Juan David Morgan un digno sucesor, un maestro, y en los magistrales José María Merino —seducido también por las sirenas— y Raúl Guerra Garrido, ambos premios Nacionales, a soberbios exponentes de la versatilidad, dinamismo y talento del género en España.

Hay que agradecer de forma particular a la familia del ya desaparecido Jesús Fernández Santos, premio Nacional de Cuentos, su deferencia al cedernos un trabajo maravilloso, *Las barcas*, donde el genio de Fernández Santos, uno de los grandes nombres de nuestra literatura, funde los recuerdos del pasado a orillas del estanque del Retiro.

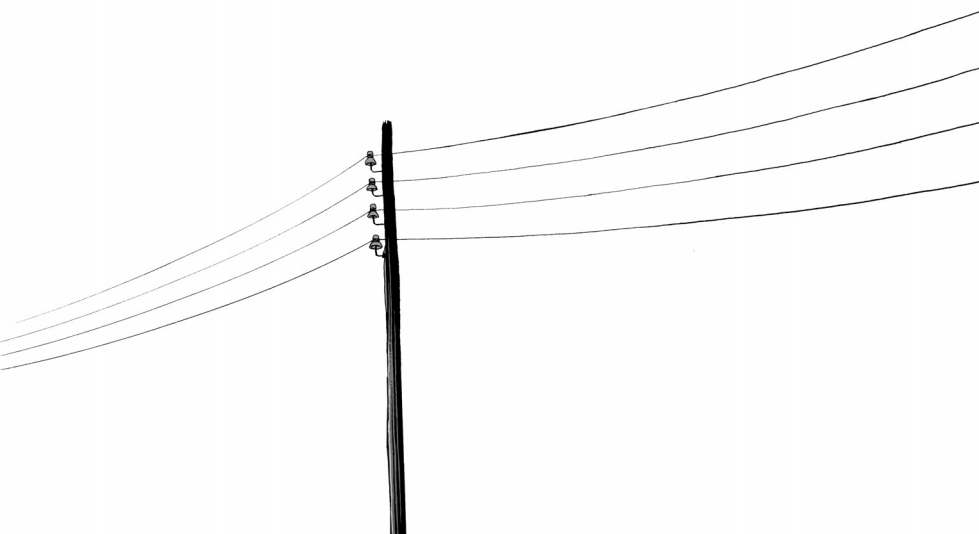
Igualmente quisiéramos agradecer sus generosas colaboraciones a Xavier de Pedro, presidente de la Confederación Hidrográfica del Ebro, y a los autores Ignacio del Valle, Eva Balaguer y Pablo Sebastiá Tirado. Sin ellos, y sin el preciosismo y afecto que un editor como Jesús Egido incorpora a cada uno de sus proyectos, estas líquidas letras seguirían esperando la polinización de las sílabas, el susurro de las palabras, el dique de las frases, los cauces argumentales de tantas historias por contar, escribir y leer a la orilla de los ríos, de los lagos, del mar.

Léanlas como lo que son: hojas de agua.

JUAN BOLEA

Escrito en el Agua

Antología de relatos húmedos



El infiernillo

Virginia Aguilera

Rosa se tiraba de la cama en cuanto oía el despertador. Era la mejor manera de evitar que el dolor tomara forma definida en uno u otro lugar. Luego se duchaba rápidamente, siempre admirada de lo práctico que era llevar el pelo tan corto. El café lo tomaba con la radio puesta escuchando un boletín cualquiera de noticias locales por si alguna retención imprevista fuera a retrasar su autobús.

Por algún motivo, aquella mañana plomiza y lluviosa, con la taza caliente entre las manos, Rosa desatendió su radio y miró en la pared el hueco que había dejado el televisor que meses atrás se había llevado su hijo. Repentinamente, le asaltó un deseo fuerte y vitalista, el capricho de ocupar aquel espacio vacío con algo nuevo. Después de mucho pensar se le ocurrió que lo más apropiado sería una chimenea. La encendería los fines de semana, al atarde-

cer; quemaría en ella los palés rotos del almacén; se quedaría contemplando el baile de las llamas y las enredaderas blancas del humo, y escucharía el crepitar de la madera y el desmoronamiento de las tablas cayendo consumidas unas sobre las otras. Con los ojos de su imaginación la mujer vio nítidamente su chimenea, pequeña, sin pretensiones, de ladrillo rojo con juntas de cemento gris, con una mancha blancuzca en el centro de la solera y trazas imborrables de hollín en las jambas.

Rosa bebió el resto de su café y lavó la taza en el fregadero de la cocina. Ella sabía que nunca tendría su chimenea. Era su sino.

—Imposible —sentenció el vecino que estaba de turno en la presidencia, hombre hosco que se negaba en redondo a instalar el ascensor y que no contempló siquiera la posibilidad de compensar los cuatro pisos que la enferma debía subir y bajar a diario con esa mínima licencia constructiva. Rosa agachó la cabeza y salió del portal. En la parada del autobús sintió los huesos helados por la lluvia y las náuseas que inevitablemente le provocaban la humedad y el cambio brusco de temperatura.

A mediodía, de regreso del almacén, el sol de abril, incidiendo aún de soslayo sobre el asfalto y las aceras de la ciudad, le hizo sudar. Después de no comer, de mal descansar y de no ver la tele que hacía meses ya no la acompañaba, salió de casa con el abrigo y la chaqueta en el bra-

zo. Agotada con el leve esfuerzo de transportar sus escasos cincuenta kilos, se sentó junto a los abuelos del soportal, en el hueco que, por costumbre, a esa hora le tenían reservado. Comenzó entonces por turnos a preguntar por los achaques de cada uno. Como tenía tiempo y estaba cansada dejó que pasaran dos autobuses hasta que los viejos terminaron su ronda de alifafes.

—¿Qué tal tu hijo? —preguntó uno cuando hubieron acabado.

—Creo que está bien.

—No da señales de vida. Eso es bueno. Estará a gusto con la novia.

—Parece que sí.

—Buena chica y guapa. Lo ha alejado de las malas compañías del barrio. Menuda pieza era antes tu hijo. ¿Sabes que pasaron por aquí ayer? Pero iban con prisa.

—No, no lo sabía. Ya está aquí mi autobús.

En los trayectos al almacén, Rosa se distraía de sus preocupaciones pensando a veces en la vejez. Aquellos hombres desbravados con los que se sentaba le resultaban simpáticos y la hacían sentir joven y menos enferma. Se los imaginaba siempre como medias naranjas exprimidas, frutas sin pulpa. Los veía así a todos, menos a Amancio, el más robusto y silencioso. Era un hombre taciturno. Siempre estaba callado y serio, siempre con su abrigo gris y sus zapatos gastados, siempre apartando la mirada cuando ella

se sentaba entre ellos. Parecía un fósil, una fruta petrificada entre todas aquellas mondas. Era el único con el que Rosa se sentía incómoda, el único que no hablaba de sus achaques, acaso porque no los tuviera o porque, como ella, prefiriera no mentarlos. Ambos eran forasteros en un país de dolencias y enfermedades crónicas, un vasto territorio que cabía en un soportal. Él, pétreo y de magro reseco pero sano; ella, a pesar de su extrema delgadez, cargada de pulpa fresca y, sin embargo, enferma.

✻ ✻ ✻

ROSA HABÍA DESTINADO aquella mañana, la del único sábado al mes que tenía libre, a hacer acopio de analgésicos en la farmacia y a ordenar la transferencia mensual a su hijo. La tarde la había pasado ojeando revistas atrasadas que se llevaba de la sala de espera del taller, que ocupaba la nave contigua al almacén en el que trabajaba. Y fue así, por casualidad, como encontró la solución alternativa a su chimenea. En una página de un catálogo de productos de ferretería vio tres hermosas estufas de leña. La publicidad anunciaba instalación instantánea, limpia y gratuita, un más que conveniente bajo consumo y una muy atractiva eficiencia energética. Solo había un pero, el prohibitivo precio.

El domingo, Rosa bajó a la calle con intención de dar un paseo. Recorrió lentamente la plazoleta sucia, llena de

palomas grises y tullidas que revoloteaban con torpeza de un lado a otro bajo una llovizna persistente; sobrepasó el quiosco empapelado de pornografía y disimuló, ridículamente avergonzada, al pasar por delante de parejas de jóvenes que se besaban y tocaban en los bancos del soportal. Al llegar al final de su calle, aterida de frío y sintiendo cómo la humedad del pavimento se filtraba por todas sus articulaciones, un cansancio mortal la obligó a emprender el regreso. Descansó en el rellano de cada piso y, ya en su casa, desmoronándose sobre el sofá, no pudo evitar que se le saltaran las lágrimas. Conocía esa fatiga. No necesitaba análisis para saber que su sangre volvía a estar contaminada.

Después de mucho llorar se durmió. Despertó por la tarde entumecida y mareada. Había dejado de llover y el sol de la primavera se colaba con fuerza renovada entre las viejas venecianas del salón. Recuperada anímicamente, la enferma se levantó. Bajo el agua caliente de la ducha se obligó a desperezarse sin hacer caso al perenne dolor muscular que la acompañaba desde hacía casi cuatro años. Con una mano limpió el vaho del espejo y miró su cuerpo. Había llevado una vida de lucha denodada contra su natural tendencia a la gordura y jamás pensó que podría llegar a estar tan delgada. Recorrió con un dedo sus marcadas costillas bajo el pecho y la prominencia de sus caderas. Luego aplicó ambas manos a su cabeza, cubierta por una capa corta de finos cabellos rubios, y se perfiló con la yema

de un dedo las bolsas de sus ojeras. Se vio extrañamente hermosa y sonrió.

Rosa no había sido nunca una mujer bella, ni siquiera guapa. Pero tampoco había sido fea. Parecía confeccionada como al azar con fragmentos de sus antecesores, una arriesgada combinación de éxito incierto. Boca alargada con labios excesivamente finos, grandes ojos verdes demasiado separados y una nariz pequeña y respingona. No había reparos a su cabello rubio, en tiempos largo y brillante; alguno a sus piernas con ligero genu valgo muscular; bastantes a su cadera, ancha en exceso. No obstante, a Rosa le bastaba con su cuerpo tal como era. Su resignación no provenía de una reflexión estoica. Ella nunca había sido una mujer culta. Pero tampoco lerda. Desde muy pequeña, había estado razonablemente segura de que su interior no ocultaba ninguna princesa encantada, ni albergaba misterio alguno de la naturaleza. Se consideraba solo una más; una 'Rosa' de tantas, con la sabiduría justa para distinguir lo bueno de lo malo y dotada de razón suficiente para asumir un comportamiento corriente. Solo este instinto natural y su constancia la había permitido afrontar y superar las circunstancias difíciles de su vida. Y fue entonces, en el momento en que todo parecía ir mejor, cuando había aparecido aquel maldito cáncer.

El domingo siguiente había amanecido con la advertencia de un día caluroso. Rosa había saltado de la cama de-

cidida a dedicar la mañana a un objetivo: iría a buscar una caldera de segunda mano en el rastro. En una tienda estrecha localizó arrinconada una estufa de hierro forjado con un ventanuco de cristal. Regateó como solo una mujer humilde y encaprichada sabe hacer y logró convencer al dueño de que se la enviara a casa sin recargo. Esa misma tarde la caldera, pequeña y sucia, era depositada en el lugar de la pared que en otro tiempo había ocupado un televisor desmesurado. Rosa, ignorante del mundo de la combustión pero ducha en el de la limpieza, dejó reluciente el hierro y transparente el cristal. Contenta y repentinamente agotada, se acostó cuando todavía no había anochecido.

Con el inicio de la semana, regresaron la lluvia y las náuseas. Por la tarde, aguardando el autobús en compañía de sus jubilados, tras el parte de achaques Rosa preguntó si sabían de alguien que le pudiera instalar una salida de humos para su nueva estufa. Los viejos protestaron a coro advirtiendo de la inconveniencia de semejante artefacto cuando, a pesar de la lluvia y el frío de aquel triste día, el calor estaba a la vuelta de la esquina. Rosa, con una sonrisa y un encogimiento de hombros, insistió.

—Eso que te lo haga este, que era albañil —dijo uno de ellos señalando al viejo Amancio.